



4º RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2022-2023

**“RUIDOS
EXTRAÑOS”**

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
MARZO 2023**

ÍNDICE

EL SONIDO SIN NOMBRE	Pilar Alcántara	4
FRIALDAD	J. C. Santa	5
ABRAZOS	Ángel Rodríguez García	6
RESIDENCIA DE ANCIANOS	Antonio Polo	7
OKUPAS	Toni García	8
LOS SONIDOS DEL AMOR	Belén Gómez	9
LA ABUELA AVARA	Mercedes Pérez Domínguez	10
SOLEDADES	Isabel González	11
LA MANO NEGRA	José A. García Fera	12
LOS RUIDOS	Joaquina Campón	13
SIN TÍTULO	Petronila Narganes Robas	14
LEER LAS INSTRUCCIONES DE USO	Asun Aroca	15
SOSPECHAS	Blanca Fajardo Utrilla	16
SARA	Vito Cruces	17
NUNCA HUBO RUIDOS, AHORA SÍ	Flor Bermejo	18

EL SONIDO SIN NOMBRE

La señora Sara está asustada. Los ruidos se suceden noche tras noche y no logra averiguar de dónde vienen. Esa misma madrugada el sueño, que había logrado conciliar con dificultad, se ha visto interrumpido por esos ruidos extraños que, esta vez, van acompañados de una espesa capa de vapor rodeando su cabeza. ¿Es por el gorro de dormir? ¿Está húmedo?, se pregunta, tocándose la tela de su gorrito de felpa. ¡No! No hay nada extraño sobre su cabeza ni nadie en el resto de las estancias de la casa pero, ¿por qué, entonces, esa sensación tan desconcertante?

El nieto de Sara ha decidido acompañarla este fin de semana. Nada más caer la noche, y en cuanto su abuela se marcha a dormir, él se tumba en el sofá con el móvil e intenta permanecer despierto, al acecho de algún signo que delate los miedos de la mujer. De madrugada el sueño le vence, pero decide poner en marcha la grabadora de su móvil para detectar algún supuesto ruido. Está convencido de que son imaginaciones de la anciana, pero quiere que esté tranquila y la única forma es demostrarle que todo va bien es permanecer alerta, allí mismo, durante la noche. Finalmente se queda dormido. Ronca con fuerza cuando un estruendo le hace abrir los ojos súbitamente. El corazón le late a golpes frenéticos avisándole de que sí, quizás la abuela tenga razón. ¿Hay alguien en el desván? ¿Un ladrón? Enciende la linterna de su móvil y explora la casa. Nada. Por último se asoma a la habitación de su abuela y entonces lo ve. Hay una nube luminosa encima de la cabeza de la mujer y, entre la bruma, se puede apreciar claramente la figura de su abuelo fallecido hacía unos meses. Asustado, Mateo enciende la luz tratando de ver con claridad la escena, pero entonces, todo se difumina hasta desaparecer y la abuela abre los ojos sobresaltada. ¿Qué pasa, Mateo?, le pregunta. Nada, nada, contesta él. Estate tranquila, abuela. No hay nada en la casa, nada de lo que preocuparse, añade. Solo estoy asegurándome de que todo está en orden. La abuela vuelve a cerrar los ojos y apaga la lámpara con un suspiro.

Mateo, aturdido, se sienta en el sofá y comprueba los sonidos de la grabadora del móvil, para terminar de cerciorarse de que allí no pasa nada, que todo lo que ocurre no es nada más que el fruto de la inquietud y la preocupación que le ha contagiado su abuela. La grabación reproduce un sonido vago y monótono, tan solo el eco del silencio de la casa. Cuando Mateo va a apagar la grabadora, surge un sonido ronco de entre una bruma de ruidos que distorsionan lo que parece ser una voz: "Te quiero, Juana", escucha Mateo, atónito, sin poder creer lo que está sucediendo.

Pilar Alcántara

FRIALDAD

En la noche, dos disparos atravesaron la ventana. Los dos dieron en el blanco, salpicando de rojo la habitación.

Sara, la anciana, se mostró sorprendida cuando dos policías se presentaron en su casa haciendo preguntas.

—No sabía que el piso de arriba estuviera ocupado y me entero cuando ya están muertos. Así dejarán de hacer esos ruidos tan extraños durante la noche. Se lo tenían merecido —sentenció con la frialdad de una francotiradora.

J. C. Santa

ABRAZOS

La piel de las viejas apenas suda, aunque parezca arrugada se comporta suave cuando la tocas, fina y brillante en todo su cuerpo.

Hoy casi nadie se molesta en experimentar esas sensaciones, tocar sus manos, sentir sus tendones y sus venas debajo de esa capa transparente, acercar tu oído a su boca y oír la suave y débil salida del aire cuando están dormidas, pegar la mejilla a su vientre, oír sus ruidos intestinales, observar sus pechos vacíos o sus hombros, desprovistos de músculos, solo piel y huesos.

Desde pequeño, a mi abuela, con la que conviví quince años por lo que pasó con mi madre, la tuve en un pedestal, como a una diosa. Ella me alimentaba, me lavaba con sumo cuidado, me vestía y aleccionaba en el arte de protegerme de los demás, en qué lugar colocarme o cómo pasar desapercibido. Cuando ella desapareció por un terrible accidente, aprendí que no se puede ser sincero, no hay que ir con la verdad por delante, corres el riesgo de que te rechacen de inmediato, o que griten o amenacen con denunciarte a la policía. A menudo miran extrañados, algunos lo hacen espantados y se separan de mi trayectoria, ignorando mi deseo de fraternidad. Actualmente he aprendido hasta cuándo tengo que apretar un cuerpo, para que siga respirando. Aunque a veces no lo consigo. No quiero que pase lo mismo que con mi querida abuela, no soy culpable de que dejara de respirar, tan solo de quererla mucho y abrazarla con entusiasmo. Cuando dejé de apretar y ella se desvaneció, no sentí más que una especie de alivio, de sentimiento bondadoso por haberla librado de una decrepitud galopante que empezaba a manifestarse. Ella era muy pequeña y delgada, así que la metí en una maleta junto a dos piedras grandes. La arrojé por el puente 25 de abril antes llamado puente de Salazar. Imagino que ahora estará a varios kilómetros de la costa, en el fondo de alguna sima oceánica. Creo que es difícil que coincidan en un mismo punto las otras tres maletas que arrojé a las aguas del Tajo. Las corrientes y los diferentes pesos de cada una, han debido esparcirlas por la costa. Así no se molestarán entre sí. La última se llamaba Gertrudes. Era muy gruesa y me costó introducirla en la maleta, tuve que trocearla para que cupiera. Curiosamente con toda su redondez, fue la que menos resistió mi abrazo. Se desplomó rápido. Tendría algún padecimiento de corazón.

Es un piso cómodo, antiguo y limpio. Apenas llevo quince días en él y ya he de pensar en dejarlo. Creo que el destino juega conmigo y atraviesa en mi camino a imitadoras de mi abuela, con sus preguntas y sus deseos de amistad, de saber quién soy. Así que esta mañana se lo he dicho. Se llamaba Sara, la vecina del piso de abajo. Empezó a hacerme preguntas sobre el alquiler, sobre mi trabajo, si estaba casado. Es algo que no soporto y la abracé. Sin otro ánimo que el de hacerla callar. Que dejara de mirarme. Esos ojos inquisitivos y desconfiados llegaron a ponerme nervioso. No me quedó otra opción. La dentadura postiza cayó al suelo y tuve que cogerla con mis manos. La he vuelto a colocar en su sitio. Ahora Sara está tumbada aquí, encima de la alfombra del salón.

Tiene la piel muy blanca y suave. He acercado mi oído a su pecho y no se oye nada, ni un murmullo.

Ángel Rodríguez García

RESIDENCIA DE ANCIANOS

Sara tenía ochenta años. Vivía en la primera planta de un residencial de apartamentos para jubilados. Hacía una semana que falleció el inquilino del segundo y nadie vivía allí. Pero cada noche le llegaban ruidos muy extraños. El lunes fue la discusión con su marido, cuando ella descubrió su infidelidad. Terminó con un gran portazo. No volvió a verle. El martes escuchó corretear niños por el pasillo. El miércoles los gemidos de una mujer y un hombre haciendo el amor. El jueves música y los pasos de una pareja que bailaba entre risas. El viernes a sus padres y hermanos, cuando niños, celebrando su cumpleaños. Anoche fueron los gritos de dolor de su madre y el llanto de un bebé. Reconoció ese momento como su nacimiento. Una sonrisa de tranquilidad dibujó su cara. Y con ella amaneció. Olvidó la tristeza que sintió al escribir los versos que hallaron en la mesilla...

<i>El lugar que habito</i>	
Allá donde pierdo los pasos, donde duerme el recuerdo, donde habita el silencio. Allá donde la soledad me cubre cada día y crece cada noche.	Allá donde me atrae el imán del engaño, donde todo es ausencia en los labios sin dientes, donde nada es verdad a excepción del olvido.
Allá donde el olor es agrio, el azúcar amargo y la canción es ruido del hierro entre las piedras que atraviesan el pecho sin plumas de los pájaros.	Nada te digo y rezo esperando sentada en esta residencia, con la única tarea de tachar cada sol y cada pesadilla.
	Nada te dejo ahora que vivo en el lugar de la materia que ya sabe de su muerte.

Hoy, el forense leyó el poema y realizó la autopsia. Dictaminó en su informe que la causa de la muerte fue una *sobredosis de soledad*.

Antonio Polo

OKUPAS

La butaca de mimbre que le regaló su padre se convirtió en su preferida para leer y recordar épocas lejanas en las que aún transitaba en la infancia.

¡La campana! ¡Al recreo! Amistad, juegos, traiciones y disputas en el patio.

Después el primer amor, y tantos desamores. Hijos, días buenos y otros no tanto. Los nietos trajeron mucha alegría pero aquella pena que la roía por dentro, cuando recordaba el siniestro golpe de estado de 1936, no desaparecía. Esperaba su segunda hija. Aporrearon la puerta, una mañana, cuando el sol aun no había terminado de instalarse en el firmamento. Se llevaron a su marido y todavía no ha podido llorar sobre su tumba, porque anda perdido por ahí, quien sabe dónde.

Hace ya muchos años que Sara se instaló en el primer piso de un edificio antiguo, la vivienda, aunque pequeña, resultaba muy confortable. Nadie vivía en el piso de arriba. Pocos niños en el bloque. Sara pensaba que había demasiado silencio; a ella le gustaba ver gente, charlar con unas y con otras. Varias noches antes escuchó extraños ruidos e, incluso, le pareció oír voces humanas. Intrigada comenzó a observar y a anotar todo lo que ocurría en el edificio. Ubicada en un rellano de la escalera aguardaba mucho tiempo, esperando ver o escuchar algo que resolviera el misterio. Descubrió que en el segundo piso habitaba un matrimonio que rozaba la cincuentena. Regentaban un restaurante de gran prestigio en la ciudad, que la reciente pandemia se llevó por delante. Se veían en la necesidad de ocupar aquella casa vacía porque el banco les había embargado la suya.

La pareja, que estaba muy asustada, le rogó que no los denunciara.

—Tranquilos, no os preocupéis, —dijo Sara, —no contaré nada. Para cualquier cosa que necesitéis ya sabéis donde estoy.

—Muchas gracias —respondieron.

De esta manera nació una gran amistad. Sara se sentía viva, contenta y feliz.

‘Ya no estoy tan sola’, pensó, y una tierna sonrisa iluminó su rostro.

Toni García

LOS SONIDOS DEL AMOR

Lo que quieres es llevarme para allá, Otilio, yo no estoy en otra, que estás muy pesado con los ruiditos en el piso de arriba. Ya de joven, cuando cogías un runrún, no lo soltabas. Y sigues igual de muerto, todas las noches dando la brasa con los suspiros, los ays y los mismos bufidos que pegabas cuando te llegaba el gusto. Pero te lo voy a decir todas las veces que haga falta: que no, coña, que no me voy. Estaré vieja, sorda y el ictus me ha dejado medio turulata, pero aquí me quedo. Ahora que está conmigo el mí niño, no me voy para allá ni muerta.

Es más bueno, el Nicolás. Se ha quedado aquí a cuidarme. La lagarta de la madre no quería. Que si tienes que estudiar la oposición, que si para eso te has ido de casa. Y el niño que no, que yo me quedo aquí con abuela y os ahorráis la cuidadora. Pues anda que no habrá hecho deberes el mí niño aquí, en la camilla, esperando que viniera el padre a buscarlo, mientras ella se iba por ahí de jú jú con las amigas.

Dice el niño que son cosas más lo de los ruidos, que él no oye nada, mira que le he insistido “Anda, hijito, sube a ver, dame ese gusto, no se vayan a haber metido ahí ocupas de esos”, pero no hay manera, me da largas y no sube, para mí que le da algo de miedo. El otro día, en cuanto se fue al Mercadona, cogí del cajón las llaves de la Celedonia y subí a ver. Mira que yo no quería quedarme con las putas llaves cuando se fue a la residencia, no fuera a faltar algo y me echaran a mí las culpas. Pero insistió tanto que me dio pena, “anda, mujer, por si vienen los muchachos a verme y se quieren quedar a dormir” Cómo coño van a dormir en esa cochambre, si no le ha hecho ni un arreglo desde que estamos aquí y ya va para 30 años, los que tiene el niño.

Con lo que yo he sido, marido, que daba gloria verme saltar las tapias de los praos en el pueblo, y ahora me ha costado la vida subir las escaleras. Y todo para nada, porque la casa estaba como la dejó la Celedonia, hasta la cama deshecha, como siempre, que la muy guarra la dejaba sin hacer hasta las tantonas. Te he llamado bajito, pero no me has contestado, será que solo vienes por las noches para quitarme el sueño, que has tenido siempre muy mala leche, Otilio.

Ayer vino un amiguino de Nico. Habrían estado estudiando toda la noche, porque estaban los dos desayunando. Hablaban bajito para no despertarme. Para mí que le estaba contando lo de los ruidos porque al verme, ha ido corriendo a cerrar el cajón de las llaves. El niño me ha preguntado que si se puede quedar el muchachito en casa, que es de fuera. ¡Cómo le voy a decir que no a la criatura que se desvive por cuidarme!, que se quede el tiempo que sea.

Se ve que no te ha gustado, Otilio, que tú siempre has sido muy hosco. Vaya noche que me has dado, los gemidos se oían tan cerca, que me parecía que en cualquier momento ibas a entrar por la puerta a buscarme. Igualito que si estuvieras en la habitación del niño, vergüenza me daba que se despertara el amiguino y te oyera bufar de esa manera. Pues ya puedes bufar y suspirar y soltar todos los ays que te dé la gana, que te pongas como te pongas, he dicho que no me voy para allá y no me voy, ¡coña!

Belén Gómez

LA ABUELA AVARA

El tiempo, como un latigazo, la amarga y desazona. Sabe que la maraña de relaciones a su alrededor es maliciosa y egoísta, más inquieta por la llegada de su momento final, que por ella misma. Tiene muchos años. Y cada día transcurre más rápido que el anterior. Su momento se ha convertido en la ilusión de su vida, esperado y soñado, pero nunca alcanzado... porque no tenía valor.

Pero mañana, protegida por las sombras dejará al fin el lúgubre piso para comenzar algo diferente, gracias a los ahorros de toda una vida. Además, esos ruidos en el piso de arriba la tienen desquiciada, ya no aguanta más. Seguro que está lleno de ratas. El implacable cerco de la decadencia la acorrala cada vez más.

La nieta que está en el hospital le importa poco, dado que su hijo, el padre, nunca le ha hecho una miserable visita desde hace veinte años. No es egoísmo. Es la soledad arraigada en lo más recóndito del alma, la que le impide razonar y ver que, cuando esté lejos, su pensamiento le jugará la mala pasada de recordarle a su nieta, esa pequeña de rizados castaños y dulce mirada que la mira desde una foto de Instagram.

Mercedes Pérez Domínguez



SOLEDADES

Sara mantenía entrecerrados los ojos y abstraída la mente en otros tiempos más felices, sentada en su sillón favorito y añejo, como ella, mientras veía pasar la vida fuera de las cuatro paredes del pequeño y antiguo piso donde había pasado los últimos setenta años de su larga y azarosa vida. El edificio estaba prácticamente abandonado; se había ido vaciando según iban muriendo los inquilinos; tan solo residían en él dos parejas de ancianos, además de Sara, que era viuda. A su hijo no le gustaba que viviera allí, tan sola, y había insistido en que se mudara con él al centro de la ciudad, pero era una batalla perdida. Su madre no quería ni oír hablar de abandonar su casa; había algo poderoso que la ataba a ese piso. Quería morir allí, cerca de los fantasmas que habían poblado su morada y que habían compartido su vida; no quería desvanecerse sin encontrar el camino que le llevara hasta ellos. Ya apenas percibía nada que la amarrara a este mundo, pero sí vislumbraba un hilo poderoso que la enredaba en otra existencia que pudo haber sido, pero que nunca se atrevió a vivir. Una noche de insomnio, como muchas de las que sufría habitualmente, se extrañó de los sonidos procedentes del piso de arriba, abandonado hacía siglos. Eran las notas de una melodía que conocía muy bien, bella y desgarradora a la vez, como un llanto tenue que se prolonga hasta el infinito. Los ojos de la anciana se humedecieron con lágrimas antiguas que la transportaron a un pasado que no podía olvidar. Cuando la aurora comenzó a clarear los perfiles de los muebles de su cuarto, Sara pensó que lo había imaginado, o tal vez soñado, pero la siguiente madrugada le regaló otra vez la misma melodía y esta vez no pudo ignorarla. Se levantó con sumo esfuerzo, y con la lentitud que le permitieron sus rodillas artríticas, ascendió las escaleras hasta el piso superior. Allí empujó la puerta, que permanecía entreabierta y se adentró en un mundo desaparecido hacía una eternidad. Blancas y polvorientas sábanas cubrían todos los muebles, excepto el piano, cuyas teclas brillaban sin una sola mota de polvo. Sara acarició con adoración cada una de esas teclas y entonces reparó en una partitura, tan amarillenta y frágil, que amenazaba con deshacerse entre los dedos de quien se atreviera a tocarla. En ella reconoció la canción que su amado había escrito para ella hacía mil años, cuando le rompió el corazón. No tuvo el valor de dejarlo todo y entregarse a otra vida con él.

A la mañana siguiente, su hijo Pablo pasó a ver cómo estaba su madre, como cada día. La encontró en su cama, tendida boca arriba, vestida con su traje favorito y una sonrisa en sus pálidos labios. Entre sus manos, frías e inertes, sostenía una vieja partitura.

Isabel González

LA MANO NEGRA

El verdadero fantasma a temer no es ese de la sábana blanca que arrastra cadenas y que te grita al oído: ¡Uuu!

Es el formado por recuerdos que lastran tu existencia y te arrebatan el sueño hundiéndote en simas desconocidas y abismales. Sara de eso sabía bastante y a sus ochenta y tres años había encontrado un justo equilibrio por todo lo vivido.

Hasta que llegaron ellos.

A ella, que mamó de las ubres escuálidas de una posguerra, le venían a hablar, una vez más, de una crisis motivada por una burbuja. El caso es que allí estaba en aquel piso de la primera planta, solitaria, como esa muela arrinconada en la boca que resiste, sin saber bien por qué, cuando todas las demás piezas han desaparecido.

Mientras tanto, en aquella alta torre de las decisiones, desde donde todo se columbra, se manejaban mapas y planos, a modo del Estado Mayor de la Defensa, resaltando enclaves vitales para sus intereses. Al no ser posible un bombardeo, por razones obvias, aquella inmobiliaria utilizaba sus armas, hasta ahora efectivas, como el uso de los asustaviejas. Y estos seres sin moral —aunque con alguna más que los de la torre— eran los que trapicheaban, una noche más, por aquella segunda planta que coronaba a la pobre Sara, en su afán para que abandonara su hogar y demoler el edificio.

La anciana vivía con unos ingresos mínimos y un bajo alquiler, allí, con todos sus recuerdos y vivencias, rodeada de cajas oxidadas llenas de fotos y cartas agrupadas con lazadas de colores raídos, en esa espera indeterminada del último tren que la ayude a cruzar a la otra orilla.

Hasta que llegaron ellos.

José A. García Feria

LOS RUIDOS

La plaza le venía grande y en sus caras se refleja la felicidad que sienten al estar uno al lado del otro. La compañía del vecino. Ha llegado tarde al lado de Encarnación.

Encarnación nunca tuvo un hombre a su lado. Y aunque tarde, está saboreando cómo se puede ser tan feliz, y al cabo de los años siente cómo la compañía de su amado le llena los huecos de soledad.

Encarnación solo sale de su encierro a las compras diarias, solamente por dar una vuelta alrededor de su barrio.

En casa los días se hacen interminables. Vive en un piso donde los vecinos trabajan, y, durante largo tiempo, no se ve a nadie.

Atrás quedan los ruidos que un tiempo se produjeron en casa de Javier. El silencio del piso de arriba, que al parecer estaba vacío. El vecino aburrido sólo llamaba la atención, tirando el bastón al suelo. Esto a Encarnación le tuvo un tiempo preocupada, hasta que un buen día subió a averiguar el motivo. Le hizo pasar y le invitó a tomar un café. Desde ese momento, hubo en ellos una química que ha ido creciendo hasta llegar a ser compañeros de piso.

Javier ya no tiene necesidad de tirar el bastón, los dos son felices. Ahora tienen a quien amar y en ellos ha florecido la ilusión de vivir plenamente.

El amor no tiene edad y la soledad de los mayores es la peor enfermedad que se encuentra en la vida.

Joaquina Campón

Desde que su marido murió, a Sara le gustaba estar en su casa, el castillo en el que podía reinar a su gusto. Aunque a veces se acordaba de él, reconocía que nunca lo había querido.

Uno de esos días grises en los que sus sentimientos estaban a flor de piel, escuchó ruidos procedentes del piso de arriba: sabía que allí no vivía nadie. El rumor duró unos segundos, así que no le dio importancia y siguió horneando el pastel de arándanos.

Otro día, llegada la noche, escuchó como si alguien arrastrara algo.

Durante varias semanas, el techo retumbó con intensidad. Decidió preguntar a los vecinos si escuchaban lo mismo que ella: todos lo negaron. Aunque no era una mujer asustadiza, cada vez que sucedía esto, algo parecido a un latigazo golpeaba su estómago.

El último recurso fue llamar al propietario de la vivienda. Al entrar en el piso, descubrieron un espectáculo sorprendente: varias palomas habían aprovechado los cristales rotos de una ventana para adueñarse del salón. Unas, colocadas en los sofás, alimentaban a sus crías; otras, más jóvenes, picoteaban una pelota que con toda seguridad habrían olvidado los hijos de los inquilinos. Al fondo, algunos machos realizaban un cortejo ceremonioso alrededor de una hembra: le hacían reverencias, la arrullaban, inflaban la garganta y caminaban en círculos alrededor de ella. Finalmente, uno de los palomos se acercó a ella y se acicalaron las plumas mutuamente. Al poco, el macho agarraba el pico de la hembra y la alimentaba con delicadeza.

— ¡Hay que deshacerse de estas ratas con alas cuanto antes! —exclamó el propietario.
—Déjelo; a mí no me molestan —dijo Sara, mientras contemplaba la estampa con ternura —Por lo menos, hay quien se quiere en esta casa.

La mujer alzó la mano en gesto de despedida y se marchó. Había comprendido que hasta las palomas necesitaban un hogar.

Petronila Narganes Robas

LEER LAS INSTRUCCIONES DE USO

Una paz inalterada recorría las estancias del piso donde vivía, hacía ya un tiempo que la familia que estaba instalada en la segunda planta se había marchado para descanso de Rosa. Las molestias y el ruido infernal que generaban rompían su calma, ahora podía cerrar los ojos y escuchar cómo resonaba el maravilloso silencio en cada rincón.

Una noche, mientras estaba terminando su rutina de ganchillo, oyó un ruido extraño en la segunda planta, algo que le sorprendió al no vivir nadie en esos momentos en la parte superior, pero pensó, «¿se habrán instalado nuevos vecinos?» algo que la hizo suspirar profundo. Al día siguiente preguntó al portero del edificio, pero este le comentó que en la segunda planta no había nadie, el alquiler era muy alto esta vez y lo más probable era que tardase en volver a rentarse de nuevo.

Rosa se quedó más tranquila, pero al llegar la noche volvió a oír esos ruidos encima de su cabeza, la curiosidad no la dejó concentrarse en ese paño de ganchillo que ya tenía ganas de terminar, así que lo dejó a un lado, cogió su linterna y decidió subir a la segunda planta para averiguar qué sucedía. La puerta del piso estaba abierta, ni se molestaron en cerrarla para sorpresa y alegría de Rosa, que podría averiguar que producía ese barullo. La anciana entró muy despacio y notó cómo corría un alboroto hacia una de las habitaciones, ella intentó seguir el sonido con la linterna, pero se cerró tras una puerta. Rosa se acercó a ella, sujetó el pomo, lo giró despacio y al abrir la habitación divisó un cofre en el centro de la estancia. El pequeño baúl dio un salto y cayó de nuevo sobre el suelo, cosa que asustó a la anciana. Rosa bajó la linterna y dio por sentado que seguro que era el gato del vecino que entró a curiosear y se quedó atrapado en el cofre. Sin dejar de alumbrar el pequeño baúl se acercó para abrirlo y que saliera el minino del vecino, pero antes de tocar la tapa, esta se abrió de un golpe y una luz roja emergió del interior del pequeño mueble, algo que llamó la atención a Rosa «¿Un baúl con luz?» pensó para sí misma. La anciana se aproximó, y de él emergió un pequeño ser de color marrón con unos pequeños cuernos en la frente con tonalidades rojizas, con nariz aguileña y una boca enorme con largos dientes afilados que casi cubrían su cara por completo, en la profundidad de sus grandes ojos no se distinguía ningún color, tan solo un tono negro que cubría toda la superficie, muy despacio aquel ser dirigió su mano de cuatro dedos hacia la anciana, extendió uno de ellos, largo, fámélico con una uña en forma de garra curva y de color oscura.

La anciana extendió su brazo para tocarlo y al rozar la mano de aquel ser, una luz brillante inundó la habitación cerrándose el pequeño cofre estrepitosamente de nuevo.

El portero comenzó su jornada revisando cada zona del edificio, al llegar a la segunda planta notó que una puerta estaba abierta. En el interior vio un cofre que con delicadeza colocó encima de una mesa, justo al lado advirtió un recibo donde se leía, *Amazon, magia negra para principiantes, no usar sin la supervisión de un experto*. El portero sonrió para sí mismo — ¡Las estupideces que se venden por internet!—

Asun Aroca

SOSPECHAS

Corría el mes de diciembre y el cierzo soplabla con fuerza golpeando los cristales de las ventanas del salón. Pero eso, a Sara, no le sorprendía ni le atemorizaba. Sabía que en Aragón, el cierzo es un fuerte viento fresco y seco debido a la diferencia de presión entre el mar Cantábrico y el mar Mediterráneo y por eso, ella ya estaba acostumbrada, ya que vivía en Zaragoza, desde su nacimiento.

Pero esa noche era diferente porque, desde hacía unos días, escuchaba ruidos extraños en el piso de arriba, donde le constaba que no vivía nadie desde hacía tiempo. Eso sí le preocupaba porque no sólo le daba la sensación de que alguien, en el piso superior, se ponía a arrastrar los muebles de madrugada, o a cambiarlos de sitio, sino que, sobre todo, oía como un pitido, zumbido o silbido, que, a veces, podía asemejarse a un rugido, al ruido de la red eléctrica, un chasquido o un siseo. Y eso sí le originaba una sorda preocupación que la hizo movilizarse y avisar al Ayuntamiento por si existía la posibilidad de que fueran okupas.

Descartada la idea de ocupación ilegal, por parte de los municipales, estos dieron aviso a los Servicios Sociales comunitarios, por si Sara tuviera algún tipo de trastorno mental, ya que habían examinado minuciosamente y vigilado el citado piso, y nunca habían encontrado nada fuera de lugar, o que ilustrase que estaba ocupado por algo o alguien.

Cuando la asistente social estaba informando a Sara de ello, percibió cierta dificultad de audición en la misma y la animó a visitar a su médico, por si pudiese padecer alguna pérdida auditiva. Sara hizo caso de algo que ella misma desconocía, ya que, al vivir sola y no relacionarse apenas con nadie, no había percibido ninguna pérdida.

Una vez vista por el médico y realizadas las pruebas pertinentes por el mismo, este le comunicó a Sara que sus problemas vasculares y el exceso de cera que padecía en ambos oídos, le podrían producir acúfenos. Le extrajo dos tapones cerosos que le originaban el tinnitus, y la ansiedad de Sara desapareció para siempre, al igual que sus pitidos, rugidos, chasquidos o siseos que, equivocadamente, atribuyó al vecino imaginario del piso de arriba.

Blanca Fajardo

SARA

Sara vive sola en el primer piso de un edificio antiguo desde que murió su marido cinco años atrás. La octogenaria dio a luz a cinco retoños: tres niñas y dos pequeños que, al poco tiempo de terminar sus estudios universitarios, se casaron y tuvieron descendencia. No quiere habitar en las casas de sus vástagos por temor a causarles molestias con las manías propias de la vejez. Tampoco desea residir en un geriátrico, porque piensa que compartir la habitación con otra persona le privaría de intimidad y en la cadena que ata las normas de los centros se haría añicos su libertad. Es feliz en el hogar donde reside desde que contrajo matrimonio porque a cualquier hora halla un remanso de paz.

El bloque consta de tres plantas y cada planta, de dos viviendas; todas están habitadas, excepto una.

Una noche la anciana oyó ruidos extraños en el piso deshabitado, pues lo construyeron encima del suyo. Pasó la noche sin dormir, arropada hasta la cabeza y muerta de miedo, pero con nadie lo comentó al día siguiente. En contra de lo que esperaba los sonidos se repitieron varias veladas.

Una tarde, cuando Sara regresaba de dar un paseo por los alrededores, su vecina Matilde, que salía de casa, le preguntó:

– ¿Oyes sonidos raros por las noches?

– Sí

– Deberíamos llamar a la policía

– ¡¿Y si nos consideran locas?!

– ¿Por qué iban a opinar así? Todas las vecinas oímos lo mismo.

En las sombras nocturnas los agentes encontraron varias ventanas rotas que se abrían y cerraban a voluntad del viento, una pareja de murciélagos se movía a su antojo por la sala de estar y tres gatos corrían de acá para allá en busca de alimentos. Gracias a la investigación policial el vecindario supo que un conciudadano tenía una llave de la casa y quedó allí a los felinos para olvidarles.

Vito Cruces

NUNCA HUBO RUIDOS, AHORA SÍ

Sara, así me llamo, o me llaman, tengo ochenta y cuatro años, sigo siendo autónoma y me siento bien, con achaques, pero me encanta vivir.

Disfruto de mis libros, también escribo y realizo alguna visita de vez en cuando.

El edificio donde vivo es antiguo, el piso de arriba está vacío por lo que mi casa es silenciosa. Era Antonia la que habitaba en ella, una mujer agradable, y muy dispuesta cuando alguien necesitaba algo. Falleció el año pasado.

Desde hace unas semanas oigo algún ruido, sobre todo por la noche y a primera hora de la mañana.

Es curioso, porque los oigo especialmente en la habitación, es como si alguien se acostara. Anoche yo estaba dormida y al oír los pasos entre sueños pensé en decirle a mi vecina que si le pasaba algo, pues ella nunca se ha acostado tan tarde. Luego me di cuenta que ella ya no estaba.

Los pasos eran enérgicos, contundentes, pesados, luego oí los muelles del somier rechinar, y el silencio de nuevo ocupó mi estancia.

Ya ha amanecido cuando, de nuevo, me despiertan los ruidos, el somier, los pasos y por último el baño, me parece escuchar la ducha, y finalmente alguien sale de la casa.

Han pasado dos semanas, todo continúa igual, por lo que decido llamar a su hijo, el cual me comenta que allí no vive nadie y él es el único que tiene las llaves.

Acabo de terminar de comer, de nuevo oigo ruidos, voces y un portazo, alguien sale. Qué raro, a esta hora siempre hay silencio, llaman al timbre, es Miguel, el hijo de Antonia.

Me comenta que en la casa de su madre vive un señor, un tal Alfonso. Parece ser que fue su antiguo novio, hace dos años volvieron a verse y reanudaron la amistad.

Alfonso enviudó, por lo que decidió entrar en una residencia, y alquilar el apartamento donde vivía para poder pagarla.

—Los inquilinos dejaron de pagarle el alquiler, la luz y el agua, —me cuenta —es entonces cuando mi madre lo acoge en su casa a la espera de solucionar el problema. Le entregó una carta a Alfonso en la que expresó su deseo, y le autorizó para que continuara viviendo en ella el tiempo necesario. Estoy convencido de que ella siempre supo el poco tiempo que le quedaba. Lo siento, Sara, —prosiguió Miguel —continuará escuchando ruidos, no sé por cuánto tiempo. Era el deseo de mi madre que Alfonso siguiera viviendo en ella.

Flor Bermejo